

CRUZÓ LA ATMÓSFERA CATEDRALICIA

Antonio Trobajo Díaz (La Nueva Crónica, 16-IV-2017)

Muchas personas reconocen haber encontrado a Dios en el equilibrio de las leyes naturales, en la hermosura de los paisajes, en las maravillas artísticas. Y también en la Liturgia. En el encanto de las celebraciones: el color y el ornato de las vestiduras, las flores y los cantos, el fuego de las velas y el humo del incienso. Y también en la compostura, en la viveza de los gestos, en los movimientos acompañados, en los recitados en perfecta sincronía, en el recogimiento y en la alegría intuida de los participantes.

Algunos de los que vivieron este arrobamiento estético nos lo han contado. Permitan que servidor les cuente el suyo: el pasado Miércoles Santo, durante la Misa Crismal en la Catedral, hubo un instante, no sé cuánto duró, en que algo de lo comentado se hizo realidad en mi interior. Hacía frío en la Catedral. Mis manos estaban ateridas. Comenzó a sonar el órgano y las bóvedas se llenaron con la fuerza de más de doscientas voces sobre todo graves, que entonaban a dos voces un canto lleno de fuerza y emotividad: “Envía, Señor, tu Espíritu, que renueve nuestros corazones”. Se comenzaba a consagrar el Crisma, mezcla de aceite y perfume que se usa en algunos Sacramentos y en la consagración de iglesias, altares y vasos sagrados. Los presbíteros habíamos renovado nuestras promesas sacerdotales. Don Julián, el obispo, rezaba la oración consecratoria y pedía que el Señor regalara la fortaleza del Espíritu a los bautizados. De repente, un leve sonido de telas agitadas acompañó a la voz episcopal: era el movimiento de la ropa de los brazos de los casi ciento setenta sacerdotes que se levantaron para apuntar hacia el ánfora donde estaba el Crisma. Tras unos segundos de silencio se volvió a oír la voz del Obispo: que la abundancia de los dones del Espíritu Santo se derrame sobre los que sea ungidos con este óleo y que los lugares y objetos consagrados con él sean para todos, motivo de salvación. No sé por dónde andaban en ese momento mis interioridades. Estuve como traspuesto el par de minutos que duró la oración mientras mantenía mi brazo levantado a la altura del pecho. El Amén rotundo pronunciado por todos como cierre de la oración me devolvió a la realidad. Algo grande había cruzado la atmósfera catedralicia. Al menos, así lo percibí.

Es seguro que esta vivencia hará sonreír a más de uno. A alguno, de satisfacción. A otros, de escepticismo. Colóquense donde quieran. Pero créanme que fue como se lo he contado. Para mí fue otro desvelamiento de Luz y de Vida. ¡Feliz Pascua!